



# Una visión introductoria a los principios del realismo político.

Clulow, Germán<sup>1</sup>  
*Universidad ORT Uruguay*

Diciembre de 2013

## **Abstract**

El realismo político ha sido la teoría dominante de las Relaciones Internacionales por más de dos mil años. Sin embargo, su validez teórica y empírica ha sido fuertemente criticada y atacada tras el fin de la Guerra Fría. Considero, no obstante, que el realismo mantiene un lugar de privilegio dentro de las RR.II como paradigma exegético de la acción de los estados en el concierto internacional. Este artículo intenta presentar, de manera introductoria, las diferentes corrientes realistas, sus principales postulados así como las críticas realizadas al realismo político y la respuesta de sus defensores.

**Palabras Clave:** Realismo, Neorrealismo, Balance de poder, Interés nacional.

Documento de Investigación, Nro.96, Diciembre de 2013. Universidad ORT Uruguay.  
Facultad de Administración y Ciencias Sociales. ISSN 1688-6275.

---

<sup>1</sup> Profesor del Departamento de Estudios Internacionales de la Universidad ORT Uruguay.

# Una visión introductoria a los principios del realismo político

*Germán Clulow*

*"Self-preservation is the first duty of a nation"*  
Alexander Hamilton

*"The whole point of the doomsday machine  
is lost if you keep it a secret!!"*  
Dr. Strangelove

## ***ABSTRACT***

**Political realism has been the dominant theory in International Relations for more than two millennia. However, realism's validity, both theoretical and empirical, has been criticized and under attack since the end of the Cold War. Nevertheless, I posit that realism remains as valid as ever as an exegetic paradigm in the understanding of the State's actions in the international field. This article proposes an introductory account of the different schools of realism, their postulates and its supporters' response to different critics.**

Keywords:

**REALISM, NEOREALISM, BALANCE OF POWER, NATIONAL INTEREST**

## **I) Introducción: El realismo, la moral y la condición humana**

El<sup>2</sup> realismo político ha sido la teoría de filosofía política de referencia por más de dos mil años y el programa de investigación dominante en las relaciones internacionales en el siglo XX. A pesar de todos sus defectos e imprecisiones, es el paradigma a partir del cual todas las corrientes rivales se han desarrollado. Tanto Holsti (1984) como Viotti y Kauppi (1993) identifican tres grandes paradigmas en RR.II: los enfoques clásicos o realistas, los enfoques pluralistas (ej. liberalismo) y los enfoques globalizadores o neo-marxistas. El paradigma realista ha sido, sin lugar a contestación, la teoría dominante.

De manera más que sucinta es posible afirmar que las dos principales escuelas en RR.II, el realismo y el liberalismo, fundan toda su filosofía sobre concepciones opuestas de la condición humana. En última instancia cualquier filosofía política no es más que un “acto de fe”, porque, más allá de cualquier validación heurística o de encadenamiento lógico, ser “realista”, “liberal” o “marxista”, implica una concepción particular del individuo, una forma de creer y ver al Hombre sobre la cual construiremos nuestra visión de la sociedad.

El liberalismo es principalmente una filosofía positiva de la condición humana, basada en la libertad, en la racionalidad, en el libre albedrío y en la perfectibilidad social y humana. La perspectiva realista, como se verá a lo largo de este trabajo, parte de suposiciones radicalmente diferentes. Un supuesto central del realismo, mas no el único, es que el hombre anhela, ansía el Poder por encima de todas las cosas. Pero, ahí donde el liberalismo ve un defecto moral destinado a ser reparado o dominado, el realismo no reconoce más que una característica inmanente al individuo. El ansia de poder, para los realistas, no es ni buena ni mala, simplemente es. He aquí una distinción central entre ambas corrientes filosóficas, mientras el liberalismo anhela un mundo como “debería ser”, el realista se contenta de observar cómo es el mundo. Esto ha derivado en un par de críticas importantes hacia la escuela realista. La primera es su ausencia de “compás

---

<sup>2</sup> Desearía agradecer particularmente a los profesores Javier Bonilla Saus y Heber Arbuét por sus valiosos comentarios y correcciones, que permitieron aportar mayor claridad, rigor y reflexión a este trabajo. Me gustaría agradecer igualmente a los profesores Pedro Isern, Agustín Courtoisie y Andrés Riva por sus no menos esclarecedores aportes en la fase de discusión de este artículo.

moral”; la segunda, más relevante para este estudio, es su incapacidad para pensar o explicar el cambio. Algo así como si en la teoría realista el individuo (o el sistema internacional para los neorrealistas), careciese de pasado y futuro y estuviese destinado a vivir el presente encorsetado por una fuerza que lo domina: su apetito de poder para los realistas clásicos y la estructura del S.I en el caso de los neorrealistas.

Conviene aquí incorporar una primera distinción, así como una aclaración con respecto a la centralidad del argumento depredador de la condición humana presente en el realismo. Con respecto a la aclaración, varios teóricos que han revisado exhaustivamente el “catalogo de pensadores realistas”, refutan la idea que el ansia por el poder sea un argumento central al realismo (sí puede ser subsidiario). Tanto Viotti y Kauppi (1993: 6-7) como Vasquez (1983: 18) no encuentran que la naturaleza humana depredadora sea una suposición fundamental del realismo político. Con respecto a la distinción, he aquí una primera diferenciación entre el realismo clásico y el neorrealismo (o realismo estructural). Si bien es cierto que en el neorrealismo, preocupado únicamente por un análisis estructural (distribución de fuerzas y reglas que gobiernan el S.I), la naturaleza humana está ausente de todo análisis, en el realismo clásico, ya sea el de Tucídides, Hobbes o Morgenthau, es difícil edificar cualquier base teórica sin tener recurso, por lo menos como axioma no declarado, a la condición humana. Así lo expone Shimko (1992: 288): *“Assumptions about human nature were not merely afterthoughts, excess intellectual baggage, or flowery rhetorical flourishes; they were the cornerstone of the classical realist analysis of political conflict”*. Y en palabras de George Kennan, sobre si la divina providencia había protegido o no al pueblo estadounidense de las tentaciones del fascismo propias a otros pueblos: *“Unfortunately, I know that is not true...the fact of the matter is that there is a little bit of totalitarian buried somewhere, way down deep, in each and every one of us”* (Kennan, 1967:319 en Shimko, 1992:289).

El realismo clásico no asume que la moral está ausente de las RR.II, como erróneamente a menudo se expone, sino que argumenta que toda acción basada en la moral es contraproducente a los intereses del estado, principalmente a su seguridad y supervivencia. Es su fundamental oposición al idealismo moral lo que ha en parte dado su nombre al realismo clásico, que se inscribe antes que nada como un enfoque teórico

reaccionario al idealismo (Forde, 1995: 143). La manipulación de principios morales sólo puede debilitar la política exterior y conducir a situaciones catastróficas porque, plantean los realistas, las normas que gobiernan el S.I nada tienen que ver con la moral y, con respecto a la condición humana, negar su naturaleza es un acto de ceguera. Así lo explica Morgenthau cuando critica la intervención de los Estados Unidos en la primera guerra mundial *“The invocation of abstract moral principles was in part hardly more than an innocuous pastime; for embracing everything it came to grips with nothing. In part, however, it was a magnificent instrument for marshaling public opinion in support of war and warlike policies- and for losing the peace to follow. The intoxications with moral abstractions...has become the prevailing substitute for political thought, is indeed one of the great sources of weakness and failure in American foreign policy”* (Morgenthau, 1950: 834). Para Morgenthau, los intereses morales están totalmente divorciados del interés nacional. El único acto verdaderamente inmoral, para los realistas clásicos, es actuar en contra de los intereses racionales del estado.

## **II) El núcleo duro del realismo político**

Antes de lanzarse al estudio de la escuela realista, de sus principales aportes así como de las críticas que se le han realizado, conviene detenerse brevemente en los postulados centrales que han hecho del programa de investigación del realismo político uno de los más fecundos de las RR.II .

En complemento al falsacionismo popperiano, Imre Lakatos (1980) desarrolla la idea del programa de investigación como medio para hacer avanzar el conocimiento científico. Lakatos afirma que el progreso científico no se alcanza únicamente a través de la refutación, sino igualmente, y sobretodo, a partir de la confirmación de conjeturas audaces. La ciencia no progresa automáticamente a través del rechazo de teorías, es más, Lakatos avanza que, para que un programa de investigación pueda progresar es necesario preservar un “núcleo duro” de supuestos fundamentales que serán centrales en el desarrollo de cada programa. Este núcleo duro del programa de investigación es, por decisión metodológica, infalsificable (Lakatos, 1980:112). El núcleo estará rodeado por una “cintura protectora”, un conjunto de teorías e hipótesis (derivadas de los

supuestos del núcleo duro), destinada a explicar los hechos observados así como predecir nuevos. La validación de estas teorías fortalecerá el núcleo, pero su rechazo, y he aquí una de las innovaciones metodológicas de Lakatos, no invalidará el conjunto del programa de investigación. Un programa será rechazado únicamente cuando un programa rival demuestre un mayor “poder heurístico”.

¿Cuál es entonces el núcleo duro del realismo político?, ese conjunto de supuestos infalsificables que, a la manera de axiomas o dogmas, sustentan toda la construcción teórica del programa de investigación del realismo y que están más allá de cualquier cuestionamiento ontológico. Dependiendo de los autores, 3, 4 o hasta 5 son los “dogmas” realistas. Sin embargo, conviene aclarar que no todos los autores realistas adhieren ciegamente a la integralidad de estos supuestos a la manera de un tipo ideal weberiano. Como ya dije, el supuesto de la “naturaleza humana”, por ejemplo, es cuestionado. Asimismo, algunos autores resaltan algunos principios por sobre otros. Sin embargo, a pesar de ciertas disensiones entre teóricos sobre el tratamiento y alcance de cada uno de estos axiomas, existe un consenso sobre la centralidad de estas cuestiones en la teoría realista.

A mi entender, el realismo político se sustenta en los siguientes principios. ***A) Los estados son los actores principales de las RR.II; B) El estado es unitario y racional; C) El interés nacional, entendido en términos de seguridad nacional, debe ser la principal preocupación del estado y guiar su política exterior (Los estados buscan el poder); D) La anarquía es la norma que regula el accionar de los estados en el Sistema Internacional.***

Los tres primeros principios resurgen en prácticamente todos los teóricos realistas como los tres axiomas centrales (y únicos para algunos) del realismo político.

Por otra parte, la centralidad del argumento de la anarquía dependerá en gran medida de si la consideramos o no como una característica secundaria o derivada del primer supuesto (el mundo es anárquico porque está compuesto sólo por estados soberanos). Veremos igualmente que si bien la anarquía no es un principio central para la mayor parte de los realistas clásicos como Tucídides o Hobbes, ya que no existiría “de por sí”, la

anarquía sí representa para los neorrealistas un supuesto fundamental. Ciertos teóricos, inclusive dentro de la escuela realista, han considerado que la anarquía del S.I ha sido por momentos “exagerada” y que existen en los hechos ciertas reglas, normas y mecanismos de cooperación que limitan y regulan el accionar de los estados. En este caso, el concepto de anarquía no sería un supuesto central del realismo. Vasquez (1883: 18) propone que otra suposición central al realismo es que existe ***una clara distinción entre la política doméstica y la política internacional, y que las relaciones internacionales representan una lucha por el poder y la paz.*** Entender como funciona esa dinámica, y encontrar formas o normas para dominarla, debe ser el propósito de la disciplina de las relaciones internacionales.

***Los estados son los actores principales de las RR.II:*** Otros actores no estatales, transnacionales o internacionales no son tan importantes, principalmente porque no ejercen el monopolio de la violencia interna o no tienen la capacidad de representar una amenaza física a la integridad del estado. Actores como las organizaciones internacionales (N.U, OTAN), no son sujetos de análisis importante ya que están compuestas por estados soberanos e independientes y, por lo tanto, no son autónomos de las partes que los componen.

***El estado es unitario:*** Por unitario se entiende que el estado es una única unidad política, soberana sobre su propio territorio. Independientemente de los diferendos internos o de los procesos de negociación políticos o burocráticos que puedan existir, el estado sólo tiene una posición en el concierto internacional.

***El estado es racional:*** Los realistas asumen que el estado siempre adoptará la decisión más eficiente, dados los recursos y capacidades disponibles y en un contexto de incertidumbre e información incompleta, para alcanzar sus objetivos (Legro y Moravcsik, 1999: 12). La racionalidad del estado pasa, para los realistas, casi exclusivamente por garantizar su seguridad y buscar el poder. La racionalidad del estado no puede desasociarse de la naturaleza de ***anarquía del S.I.*** Es sólo a través de la respuesta racional del estado ante las condiciones de anarquía internacional, que el realismo puede pretender establecer pautas y regularidades en el comportamiento,

necesarias al establecimiento de una ciencia que explique comprensivamente el accionar de los estados (Forde, 1995: 145).

Un concepto interesante es el de la naturaleza de las preferencias del estado o, dicho de otra manera, del *interés nacional*. Se tratará este tema en detalle más adelante, pero valga aquí una primera aclaración. El realismo, al asumir que las preferencias de los estados son fijas y mutuamente excluyentes o conflictivas (la seguridad o la búsqueda del poder), se aleja de la “tentación reduccionista” de buscar las causas de la acción del estado en los procesos domésticos de formación y negociación de preferencias, así como de las interpretaciones moralistas, utópicas o legalistas de la naturaleza de la política internacional (Legro y Moravcsik, 1999:14). El realismo propone entonces que las RR.II son un perpetuo proceso de negociación sobre la conquista, distribución y redistribución de recursos y bienes escasos.

### III) Poder, Sistema y Seguridad

Dos cuestiones son centrales al pensamiento realista: *el Poder y el Sistema*. Ambos conceptos pueden ser pensados desde una perspectiva estática o dinámica. El **poder estático** representaría el conjunto de atributos o capacidades, militares, económicos, tecnológicos, diplomáticos y otros que posee un estado. El Poder *dinámico* debe ser pensado, no como un absoluto, sino como la capacidad de influenciar el accionar de otros estados. En este sentido, la influencia de un estado en el plano internacional no depende únicamente de su dotación objetiva de poder, sino de a) su voluntad de usar dicho poder, b) la percepción que los otros estados tengan de su voluntad a utilizar dicho poder, c) su influencia efectiva sobre otros estados (Viotti y Kauppi, 1993: 44).

Es innegable que para muchos realistas el poder es la principal herramienta de presión para influenciar el resultado de la negociación interestatal y que este resultado es proporcional al total de las capacidades materiales (Legro y Moravcsik), 1999: 17). En otras palabras, en un mundo entre iguales (estados soberanos) los poderosos tienen más opciones que los débiles, cuya única opción a menudo es sufrir la dominación del más fuerte. El primero en expresar esta idea, dos mil años antes que Maquiavelo, fue Tucídides en su Historia de la Guerra del Peloponeso, en el famoso diálogo de los Melios,



cuando los emisarios atenienses advierten a los melios (libro V: verso 89): “...lo saben ustedes tan bien como nosotros, la justicia sólo forma parte del razonamiento humano cuando las fuerzas en presencia son iguales, de lo contrario, los fuertes ejercen su poder y los débiles deben inclinarse ”<sup>3</sup>.

En relación al concepto de **sistema**, una corriente minoritaria (principalmente behaviorista), ve al sistema como un conjunto de interacciones entre el estado y otros actores no estatales. La corriente mayoritaria, entiende el sistema como las diferentes distribuciones de capacidades o de poder entre los estados y las normas que regulan dichas relaciones, principalmente: la anarquía y la incertidumbre (Viotti y Kaupi, 1993: 45-46). Por lo tanto, los realistas ven el mundo como una competencia constante por recursos limitados. Lo que cuenta no son las capacidades absolutas, sino el cambio relativo en las capacidades de los actores (Schweller, 1997: 928).

Para reflexionar sobre la idea de **seguridad** y como ésta resulta indisociable de las nociones de poder y sistema, conviene profundizar sobre la brevemente mencionada noción de anarquía, para así reconstruir el encadenamiento lógico del realismo. La anarquía, pieza clave en el entendimiento de la teoría realista implica que, en un sistema internacional compuesto por estados soberanos y autónomos, no existe autoridad superior a la de los estados. La anarquía conlleva que no existe jerarquía entre los estados en el S.I.. Si bien es cierto que hay estados más poderosos que otros, y he aquí la diferencia entre autoridad y poder, ningún estado tiene una autoridad superior, ningún derecho legal a gobernar a otro por el solo hecho de ser más poderoso.

De esta visión de un mundo anárquico, podemos extrapolar por lo menos dos aspectos importantes que se relacionan con la falta de confianza, o la desconfianza preventiva en la que incurren los actores de las RR.II. y que afectará la seguridad de los estados y del sistema. El primero es que el estado sólo puede contar consigo mismo ya que no existe una autoridad central (a la imagen del Leviatán de Hobbes), capaz de hacer respetar las reglas y compromisos acordados a nivel internacional. Por lo tanto, los estados se encuentran en una situación de **self-help**.

---

<sup>3</sup> Traducción propia a partir de la versión francesa.

El segundo punto derivado de la anarquía del sistema es lo que ha pasado a denominarse como el **dilema de seguridad**, que funciona de la siguiente manera: en un contexto de desconfianza y *self-help*, un estado procederá a armarse para preservar su seguridad frente a cualquier posible amenaza. El dilema radica en que mientras un estado más se arma (aunque sus intenciones sean puramente defensivas), más amenaza la seguridad de terceros estados, quienes, desde una óptica puramente racional, recurrirán a un proceso similar para defenderse de cualquier posible amenaza del primer estado (es la lógica detrás de cualquier carrera armamentística). Así lo expone Waltz (1988: 619): *“The uneasy state of affairs is exacerbated by the familiar security dilemma, wherein measures that enhance one state’s security typically diminish that of others. In an anarchic domain, the source of one’s own comfort is the source of another worry”*. En virtud de la anarquía del sistema internacional, por más que todos los actores conscientemente busquen la paz, la racionalidad del estado (salvaguardar su seguridad) lo conducirá a la única alternativa posible: igualar o superar el armamento rival. Así es como Tucídides explica la guerra entre Atenas y Esparta. Esparta, temerosa del aumento del poder militar ateniense se lanzó en su propia campaña de alianzas para contrarrestar cualquier cambio desfavorable en el balance de poder.

Dadas las condiciones del sistema y la naturaleza de los actores que acabo de enunciar, los teóricos, realistas y otros, han pretendido siempre encontrar la fórmula mágica que garantice un S.I más seguro. Parte de esos esfuerzos tienen que ver con el estudio de la **teoría de juegos** que, aplicada al estudio de las relaciones internacionales, intenta descifrar los diferentes escenarios de cooperación y conflicto, las normas, los incentivos o las amenazas que provocarán determinados comportamientos (siempre entendidos desde la perspectiva de un actor racional) y promoverán la seguridad o la inseguridad en el S.I.. Los escenarios más conocidos son los de la “caza del ciervo” de J. J Rousseau, y el dilema del prisionero. El problema de aplicar la teoría de juegos a las relaciones entre estados radica en que, para que la estrategia sea exitosa (o sea, que todos los casos posibles de “jugadas” puedan ser previstos), la información con que cuentan los actores

debe ser perfecta (Wagner, 1983: 345)<sup>4</sup>. Sin embargo, para los realistas, y en particular para los neorrealistas, la incertidumbre es parte central de la estructura en el S.I.. A menudo, los estados actúan como “cajas negras” que proveen escasa o nula información otra que el resultado directo de sus políticas exteriores (Glaser, 1997: 195).

Una pregunta interesante es la de saber si ¿el dilema de seguridad es una resultante de la naturaleza del sistema o, si por el contrario, es construido por los estados? Para Alexander Wendt (1995: 73), uno de los principales teóricos de la escuela constructivista, el dilema de la seguridad, así como la idea de anarquía, no están dados por el sistema o por la “naturaleza”, sino que son construcciones sociales. Para él, el dilema de seguridad es producto de percepciones intersubjetivas de los estados que, impregnados de una desconfianza generalizada, asumen siempre lo peor en las intenciones de los otros actores. Si, como asume Wendt, el dilema de la seguridad es una creación, o más bien una percepción de los estados, estaría también en ellos la posibilidad de llevar adelante políticas que eviten crear dicho dilema. La respuesta realista ha sido en parte de argumentar que los constructivistas, así como los liberales, magnifican el nivel de competición y conflicto en la teoría realista. Sería más correcto afirmar que muchos realistas (principalmente los realistas defensivos) no ven a los estados como entidades ontológicamente agresivas e identificadas negativamente con la seguridad de otros, sino más bien como actores egoístas, y, por lo tanto, indiferentes a la seguridad ajena, salvo en los casos en que esta los afecte negativamente (Glaser, 1997: 197).

La anarquía y la incertidumbre del S.I, ligadas al dilema de la seguridad, han provocado un quiebre de la escuela neorrealista entre los defensores de un **realismo ofensivo** y los que apoyan un **realismo defensivo**. Tanto los neorrealistas ofensivos como defensivos parten de los mismos supuestos, algunos de los cuales comparten con los realistas clásicos: los estados poderosos son los principales actores de las RR.II (en esto difieren de los realistas clásicos); los estados son racionales (maximizan sus recursos para alcanzar sus objetivos, en este caso su seguridad) y, producto de la anarquía y de la

---

<sup>4</sup> Sobre la teoría de juegos y la cooperación internacional, véase Wagner, H. (1983), The theory of Games and the problema of International Cooperation, en *The American Political Science Review*, Vol.77, N°2.

incertidumbre del S.I, nunca pueden estar del todo seguros de las intenciones de los otros estados y se encuentran entonces en una situación de *self-help*; por lo tanto, la principal preocupación de los estados es asegurar su seguridad y supervivencia (*security seekers*), es decir, minimizar la probabilidad de ser conquistados o destruidos por otros actores; por último, para asegurar su seguridad en el contexto de *self-help*, los estados procederán a armarse y contarán con capacidades ofensivas y defensivas. Los realistas ofensivos mantienen que los estados intentarán siempre maximizar el poder, mientras que los realistas defensivos proponen que los estados buscan antes que nada mantener el status quo y, por lo tanto, buscarán balancear el poder dentro del sistema internacional.

John Mearsheimer (2001) ha sido el principal proponente del realismo ofensivo, mientras que Kenneth Waltz y Stephen Walt del realismo defensivo. Este debate ha provocado la emergencia de una teoría relacionada con el balance entre las estrategias defensivas y ofensivas. Los teóricos se han abocado a estudiar si es posible separar ambas estrategias (en particular en un contexto de supremo desarrollo tecnológico) y si las variaciones entre ofensa-defensa pueden alterar las probabilidades de la guerra y de la competencia en materia de seguridad. Esta teoría, desarrollada en los años 70, ha sido utilizada exhaustivamente para explicar los diferentes escenarios de cooperación y conflicto, las carreras armamentísticas o el control del armamento, la formación de alianzas o las formas óptimas de disuasión, e igualmente para estudiar si los estados buscan ganancias absolutas o relativas.

**La teoría ofensa/defensa** (*Offense-Defense Theory*) plantea que existe un balance entre ofensa y defensa que determinará la eficacia relativa de las estrategias de seguridad ofensivas y defensivas. Las variaciones en las dotaciones de ofensa y defensa afectarán los patrones de las relaciones internacionales y de la política exterior. La teoría avanza que el conflicto internacional y la guerra son más factibles de ocurrir cuando la ofensiva lleva la ventaja, mientras que la paz y la cooperación más factibles cuando la defensa tiene ventaja (Lynn-Jones, 1995: 660-661). En materia de seguridad y de relacionamiento internacional, los estados tiene dos estrategias básicas (o una combinación de las dos) para maximizar su seguridad: ofensivas o defensivas. La opción defensiva implica que el estado intenta defender el territorio y los recursos que controla

e imposibilitar así cualquier tentativa de conquista sobre su territorio. La estrategia defensiva asume igualmente que dicho estado no busca expandirse, conquistar o destruir un estado rival. La estrategia ofensiva, por el contrario, utiliza la conquista militar para aumentar los recursos del estado, conquistar, intimidar o someter a otros estados que puedan representar una amenaza para el primero. Igualmente, a través de la expansión agresiva, el estado busca cimentar su fortaleza defensiva (Lynn-Jones, 1995: 665).<sup>5</sup>

Para los ofensivos, la incertidumbre de las acciones contrarias, así como la capacidad de cualquier estado de contar en cualquier momento con determinadas capacidades ofensivas, lleva a que la mejor manera para sobrevivir en un estado de anarquía, sea la de ganar poder a expensas de un estado contrario (Mearsheimer, 2001: 31). El realismo ofensivo parte del supuesto que los estados buscan antes que nada (o exclusivamente) garantizar su seguridad y supervivencia (*security seekers*) y consideran a los otros estados rivales como agresores en potencia y deben por lo tanto asegurarse ganancias de poder relativas.

Mearsheimer argumenta que los estados buscan maximizar su posición de poder relativa ya que la seguridad depende grandemente de la ventaja militar de un estado sobre otro (Mearsheimer, 1994: 11). Esto tiene dos consecuencias, la primera es que la noción de poder es relacional (o dinámica) para los neorrealistas y la segunda es que bajo esta suposición, el dilema de la seguridad corre el riesgo de agravarse. Para los neorrealistas defensivos, esta visión es errónea. Argumentan que el nivel de inseguridad se reduce cuando los estados adoptan una posición defensiva, o más precisamente, cuando el ratio defensa/ofensa aumenta. Una clara ventaja ofensiva hará que la expansión o la conquista sea más factible, provocando el comportamiento agresivo de los estados “codiciosos” y aumentando el dilema de la seguridad. Contrariamente, una fuerte posición defensiva hace de la conquista una posibilidad más remota y aumenta la seguridad colectiva (Montgomery, 2006: 156).

---

<sup>5</sup> El ratio ofensa/defensa se calcula generalmente como el gasto en ofensiva que un estado debe realizar para compensar el gasto defensivo de un estado rival (a fin de tener una campaña ofensiva exitosa).

Ciertos autores han criticado la *offense-defense theory* porque consideran que es imposible determinar el balance entre ofensa/defensa porque todas las armas modernas pueden ser utilizadas, casi sin excepción, tanto en una estrategia ofensiva como defensiva (Mearsheimer, 1994: 23). Por lo tanto, si no es posible determinar el ratio ofensa/defensa, la teoría carecería de aplicación práctica. En respuesta a estas críticas, los defensores de este enfoque han argumentado que resulta irrelevante el tipo de arma utilizado (ofensiva o defensiva), lo que cuenta y debe ser objeto de medida o evaluación, es la capacidad de las fuerzas atacantes de derrotar a las fuerzas defensivas (Glaser, 1997:199). En ese caso, podríamos preguntarnos ¿qué pasa, o qué es necesario para que una fuerza defensiva superior se transforme en fuerza ofensiva?

#### **IV) Balance de poder**

Si la anarquía prima en el S.I, ¿que evita entonces que los estados se encuentren en estado de guerra perpetua? Ahí donde los liberales ven la influencia positiva de los vínculos comerciales y económicos como garantía a los lazos de paz, y los constructivistas avanzarán la importancia de compartir ideales y creencias que cimenten el accionar común de los estados, los realistas proponen, antes que nada, la idea del **balance de poder** como método para garantizar la paz o, en su defecto, limitar la guerra.

Los pensadores realistas siempre han visto el crecimiento unilateral del poder de un miembro del S.I como una amenaza para la estabilidad del sistema. En este sentido, los realistas se preocupan principalmente por dos aspectos. El primero es la **forma en que se distribuye el poder en el S.I** y si el equilibrio de poder es un componente homeostático del S.I o, si por el contrario, es necesaria la intervención de los hombres de estado para garantizar el equilibrio. El segundo, más importante desde el punto de vista normativo, tiene que ver con **qué clase de balance de poder (o que tipo de estructura del S.I) garantiza las mejores opciones de paz o estabilidad del sistema.**

Con respecto a la primera interrogación, he aquí una diferencia importante entre los teóricos realistas y los neorrealistas. Mientras los primeros, involucrados más en un análisis individual o micro (*unit-level analysis*) verán en el accionar de los estados dentro

del S.I la mano de los estadistas, los neorrealistas plantean que la distribución del poder y la autorregulación son atributos propio del S.I (estructura). La competencia y búsqueda de superación permanente entre estados producirá movimientos y contra movimientos destinados a cancelarse recíprocamente (Waltz, 1979: 270). La tendencia al equilibrio es, por lo tanto, una característica propia de las relaciones internacionales; ocurrirá, lo quieran o no los estados.

A diferencia de lo que piensan los realistas clásicos, donde el hombre, su racionalidad y sus apetitos están en el centro del sistema, para los neorrealistas es la estructura del S.I quien impone sus condiciones al estadista. Autores como Morgenthau han intentado combinar la postura voluntarista y la postura determinista, argumentando que si bien el balance de poder y las políticas destinadas a su preservación son inevitables y esenciales como factor estabilizante del S.I, es igualmente necesaria la intervención de los diplomáticos y estadistas para mantener dicho balance de poder, pero igualmente para crear las condiciones bajo las cuales no resulte imposible pensar un nuevo estado (orden) mundial (Morgenthau, 1966 : 161, 519). Por lo tanto, aquí vemos la centralidad del argumento de la naturaleza humana en el realismo clásico de Morgenthau pero, contrariamente a lo que a menudo se asume, esta visión se aleja parcialmente de la postura conservadora (negativa) de los realistas sobre la condición humana para incorporar una fuerza de cambio positiva.

Con respecto al rol de los hombres de estado, Morgenthau distingue 3 tipos diferentes de líderes. Está el Realista, que piensa en términos de poder y actúa en términos de poder. Luego encontramos al Ideológico, que piensa en términos de principios morales pero actúa en términos de poder (cuando el interés nacional y la moral coinciden) y por último tendríamos al Moralista, que piensa y actúa en función de principios morales (Morgenthau, 1950: 840). Este último es, para Morgenthau, el estadista más peligroso de todos porque pone en jaque la supervivencia del estado al ignorar la lógica detrás del balance de poder: las RR.II no se rigen por consideraciones morales, del bien o del mal, de lo correcto o lo incorrecto. La única preocupación del estadista es cómo equilibrar el poder dentro del S.I, nada más, y nada menos.

Con respecto a la segunda interrogación planteada, a saber qué clase de balance de poder (o que tipo de estructura del S.I) garantiza las mejores opciones de paz o estabilidad del sistema, la **bipolaridad o la multipolaridad**, los teóricos realistas difieren en función de la escuela a la que pertenecen. Todos suelen estar de acuerdo en que, a mayor número de actores, mayor será la incertidumbre y la cantidad de información que los estadistas deberán manejar. Resulta intuitivo considerar que es más fácil calcular las consecuencias de una determinada política cuando nos enfrentamos a un solo actor que si nos enfrentáramos a 10 actores diferentes. Por lo tanto, la multipolaridad aumenta la incertidumbre. ¿Es por eso el mundo más inseguro? Los neorrealistas, argumentarán claramente a favor de la bipolaridad. Al fin y al cabo, el mundo de la guerra fría, avanza ellos, fue mucho más seguro que el de la Europa Napoleónica o el de la primera guerra mundial.

¿Por qué los neorrealistas se oponen a la multipolaridad? En primer lugar porque consideran que las alianzas flexibles limitan las opciones de un estado ya que cualquier estrategia adoptada debe no solo satisfacer a los aliados presentes sino también cortejar a los futuros aliados. En segundo lugar, y mucho más importante en términos de seguridad, Waltz (1988: 621) argumenta que si dos bloques competidores están simétricamente balanceados y si la competencia se enfoca en cuestiones vitales (seguridad), el riesgo de default o de abandono de un miembro de la coalición pone en riesgo la seguridad de todos. En un mundo bipolar, por el contrario, los líderes de la alianza pueden elegir sus estrategias principalmente para mejorar sus propios intereses y lidiar con el principal adversario y no para satisfacer a sus propios aliados (lo que llevaría a un sub óptimo).

Los realistas clásicos, sin embargo, argumentan que la multipolaridad conduce a la estabilidad porque, producto del aumento de la incertidumbre, los estados serán extra-precavidos. Asimismo, el importante número de actores independientes diluye el nivel de "obsesión" con un solo actor y disminuiría por lo tanto el riesgo de guerra ya que los estados se ven obligados a dividir su atención en un mayor número de actores (Viotti y Kauppi, 1993: 55).



Estas dos visiones tienen una consecuencia directa sobre el tipo de ganancias que buscan los estados. Mientras que para los realistas clásicos el estado busca antes que nada ganancias absolutas, los neorrealistas consideran que las ganancias relativas (el ratio entre las ganancias de dos estados, o las pérdidas de dos estados) son fundamentales porque, en una competencia entre dos poderes, la pérdida de uno es la ganancia del otro.

Waltz (1988: 623) identifica las principales amenazas a la seguridad en cada escenario. En un contexto multipolar, el principal riesgo es que los estados incurran en un error de cálculo (producto de la multiplicidad de actores y de la información imperfecta) en cuanto al balance de fuerzas existente, provocando así políticas agresivas destinadas al conflicto. En un contexto bipolar, la principal amenaza es una reacción exagerada frente a la amenaza rival. Para Waltz, claramente el problema más grave para la seguridad es el error de cálculo, porque mientras que la reacción exagerada en un mundo bipolar tan sólo conduce al desarrollo de una carrera armamentística o al enfrentamiento en conflictos menores y periféricos, el error de cálculo de las grandes potencias en un contexto multipolar tiene consecuencias devastadoras porque amenaza el status quo.

La idea que el balance de poder es el resultado de la incertidumbre y la anarquía del S.I nos conduce a la interrogación siguiente: ***¿cómo proceden los estados para garantizar el balance de poder?*** En otros términos, qué clase de alianzas son necesarias para asegurar que el poder esté uniformemente repartido dentro del sistema o, por el contrario, tengamos una concentración del poder. En última instancia, la pregunta que se hacen todos los realistas es: ¿qué configuración de actores y que estrategias a seguir, en función de la distribución de poder dada, aseguran la estabilidad del sistema?.

Aquí nos encontramos frente a dos conceptos clásicos que enfrentan a la escuela realista con la escuela neorrealista: ***balancing vs. Bandwagoning***. Ambos conceptos parten del supuesto que la distribución de poder en el S.I es desigual, por lo tanto, tendremos estados poderosos (*Great Powers*) y estados débiles o menos poderos. Sin embargo, como resultado de la constitución de alianzas y las amenazas a la seguridad internacional, los realistas suelen casi exclusivamente tomar en cuenta sólo a los estados poderosos (en particular los neorrealistas). Esto no implica, evidentemente, que entre

los estados poderosos la distribución de poder no sea desigual. La idea detrás del *balancing* es que ninguna coalición logre dominar el concierto internacional. Para evitarlo, se entiende que los estados jugarán con las dotaciones de poder dadas para equilibrar las fuerzas en presencia. Esto implica que un estado poderoso decidirá apoyar a la coalición más débil para así ejercer un contrapeso similar a la coalición más fuerte, protegiendo así la seguridad de todos (Sweeney y Fritz, 2004: 429). Waltz define al *balancing* como “la alianza con el bando más débil en un esfuerzo por prevenir cualquier tentativa hegemónica” (Waltz, 1979: 126).

Por el contrario, el *bandwagoning* representa justamente lo opuesto, aliarse a la coalición dominante. Esto es principalmente importante para los estados menos poderosos que ven en la posibilidad de alianza con la coalición más poderosa, no sólo una garantía a su seguridad, sino igualmente la posibilidad de alcanzar ganancias relativas. Por lo tanto, *balancing* implica una alianza con el más débil, mientras que *bandwagoning* es una alianza con el más fuerte.

En cuanto al oportunismo o la frecuencia de cada fenómeno, Schweller (1997: 929) apunta: “*Balancing is an extremely costly activity that most states would rather not engage in, but sometimes must to survive and protect their values. Bandwagoning rarely involves costs and is typically done in the expectation of gain*”. Asimismo, el *balancing* o el *bandwagoning* dependerá de la voluntad de los estados poderosos de mantener el status quo (en este caso seleccionarán el *balancing*) o, por el contrario, de la fuerza de los estados “revisionistas” o “codiciosos” quienes, deseosos de alterar el balance de fuerzas para su beneficio propio, impulsarán políticas agresivas y de desequilibrio (*bandwagoning*).

Nuevamente Schweller (1997: 929) sostiene: “*I argue that this status-quo bias overlooks the main protagonist or catalysts of balance of power theory: revisionist, dissatisfied powers that seek to expand their power at the expense of others. Without these states, there would be little need for security in world politics*”. En este sentido, múltiples estudios han demostrado que a menudo la fuente del conflicto y de la guerra en el S.I no es la inseguridad que se desprende de la incertidumbre, sino el accionar de los estados “codiciosos”. Por ejemplo, aquellos que atribuyen la Primer Guerra mundial al dilema de

la seguridad, desconocen que la verdadera causa de la guerra ha de buscarse en las aspiraciones expansionistas de Alemania (Glynn, 1992: 21). Aquí conviene realizar un apunte necesario en relación al balance de poder y en relación a la ya vista *offense/defense theory*. Tanto la evaluación objetiva del poder de cada actor, como la percepción subjetiva del balance son claves para efectivamente regular el balance. En otras palabras, el impacto estructural (distribución de las fuerzas en el sistema) debe ser complementado con la percepción que los estados tienen de dicho balance (Glaser, 1997:200). Los neorrealistas tienden a obviar la segunda parte para focalizarse exclusivamente en la estructura del S.I.

Los realistas clásicos han históricamente favorecido la idea de *balancing* por sobre el *bandwagoning* como la mejor manera de mantener el equilibrio. Morgenthau argumenta, por ejemplo, que la intervención americana en las dos guerras mundiales detrás del “bando aliado” se debió no a consideraciones morales, éticas o civilizatorias, sino a un análisis del equilibrio de fuerzas, decidiendo apoyar a la coalición más débil: “*It is by virtue of this concern that the United States has intervened in both World Wars on the side of the initially weaker coalition and that its European policies have so largely paralleled those of Great Britain: the maintenance of the balance of power*” (Morgenthau, 1950: 835).

Conviene ahora preguntarse qué tipo de alianza (*balancing* o *bandwagoning*), ha predominado a lo largo de la historia reciente. Sweeney y Fritz (2004) llegan a ciertas conclusiones interesantes. En primer lugar, durante el período de Guerras Mundiales, la alianza entre grandes potencias era más común que en el período de Guerra Fría (Sweeney y Fritz, 2004: 441, 444, 446). Igualmente, los autores demuestran que las democracias son menos propensas a las alianzas. Otra constatación es que el aumento del gasto militar aumenta la propensión a generar alianzas. Bien que este resultado resulte contra intuitivo (es decir que la alianza no disminuye el gasto sino que lo aumenta), se explica por el hecho que los estados combinan estrategias internas y externas para asegurar su seguridad, en particular en un contexto de *self help*. En este sentido, ni el aliado más “leal” es garantía alguna en el S.I. En cuanto al tipo de alianza, el estudio de Sweeney y Fritz demuestra, contrariamente a la creencia generalizada, que el *bandwagoning* es una estrategia igual de dominante que el *balancing* porque,

argumentan los autores, salvo en los casos en que la seguridad se encuentra realmente en peligro (y estos casos tienden a ser minoritarios), los estados poderosos eligen sus estrategias de alianza en función de los intereses mutuos, y no en relación a la distribución del poder en el S.I.. Este punto es ciertamente novedoso en lo que al pensamiento realista refiere, ya que cuestiona la centralidad del argumento del poder como principal determinante del accionar de los estados y en particular que los estados poderosos recurren tanto al *bandwagoning* como los estados débiles (lo que era de esperar).

En conclusión, en cruciales contextos de inseguridad, los estados poderosos adoptarán la estrategia del *balancing*, de lo contrario, optarán por la alianza con el más fuerte para maximizar las ganancias potenciales y trabajar en defensa de intereses comunes.

## V) La respuesta neorrealista al realismo clásico

El realismo clásico ha intentado explicar las causas de la guerra reflexionando sobre la naturaleza humana y su apetito depredador. El más relevante crítico de esta posición fue Kenneth Waltz (1959), argumentando que los clásicos equivocaban su enfoque centrandolo su análisis principalmente a nivel individual (*unit level analysis o First image realism*). **Las causas de la guerra, según él, deben buscarse a nivel de las características o deficiencias de la estructura del S.I (Third Person Realism).** Es por esta razón que se ha denominado al neorrealismo como realismo estructural o sistémico.

En la teoría neorrealista, el conflicto y la guerra son el producto de un ambiente internacional inseguro, anárquico e impredecible. Son el S.I y las normas que lo regulan (la estructura), quienes fuerzan a los estados a comportarse de determinada manera. El principal objetivo, en este contexto, no debe ser otro que el de garantizar la supervivencia del estado. El neorrealismo depura a la teoría de toda influencia de la naturaleza humana: *“States seek to maintain or expand their influence because they are forced to do so by the logic of the system, not because they are disposed to do so”* (Shimko, 1992: 293). Aquí el concepto de anarquía se transforma en central al argumento

neorrealista. Contrariamente a la fundamentación clásica donde la anarquía no es la causa de la guerra, sino que es una condición del sistema que facilita el conflicto (la causa siendo el deseo del hombre de dominar al otro), en el neorrealismo la anarquía es una fuerza causal que condiciona el comportamiento de los actores.

Conviene aquí explicar claramente qué entienden los neorrealistas por estructura. Al fin y al cabo, se trata de la idea central sobre la que reposa toda su argumentación teórica. ***Para los neorrealistas, la estructura es: A) La configuración particular de actores dentro del S.I. Este puede ser bipolar, multipolar o hegemónico, y B) La estructura hace referencia a la anarquía que caracteriza todos los sistemas internacionales (la norma que regula el comportamiento de los actores)*** (Forde, 1995: 145). Si los realistas clásicos pensaban tanto en términos de naturaleza humana como de estructura, los neorrealistas han desnudado a la teoría de toda referencia a la condición humana.

Por lo tanto, lo que explica el comportamiento de los actores en el realismo clásico es el anhelo de poder y dominación, mientras que para el neorrealismo, el comportamiento de los estados es producto del miedo, es decir, la imprevisibilidad y potencial agresividad en el accionar de los estados rivales producto de la situación de anarquía en el S.I (Shimko, 1992: 294). El realismo clásico reposa entonces sobre un análisis individual: la naturaleza humana, y el neorrealismo sobre una perspectiva sistémica: las normas y fallas que regulan el S.I.. El miedo de un acontecimiento: la dominación de un actor sobre otro, no implica que ese hecho esté forzosamente destinado a ocurrir. Pero en un contexto de incertidumbre, la sola posibilidad o, lo que es más importante aún, la percepción que tal acontecimiento pueda suceder, es suficiente para alterar el comportamiento de los estados. Esto conduce inevitablemente a que, si para los realistas clásicos el poder es un fin en sí y la principal preocupación de los estados, para los neorrealistas el poder no es más que un medio para un fin. En situaciones cruciales, la preocupación vital de los estados no es el poder, sino la seguridad.

El neorrealismo redefine los principios básicos del realismo clásico para incorporar el componente estructural. Waltz (1988: 618-619) avanza cuatro principios centrales al realismo estructural: ***1) Los Estados son actores unitarios que quieren como mínimo la supervivencia (y como máximo la expansión) y son las unidades constitutivas del***

***S.I.; 2) La característica esencial del sistema es la anarquía (ausencia de monopolio centralizado de la violencia legítima); 3) Los cambios en la estructura y en consecuencia en el sistema ocurren con las variaciones del número de grandes poderes; 4) No hay diferencia entre los actores*** (pero sólo los estados poderosos cuentan). Por lo tanto, es el sistema el que condiciona el comportamiento de las unidades. Este debe ser explicado en referencia al posicionamiento de los actores en el sistema y no en referencia a las cualidades internas de cada unidad. Producto del estado de anarquía y de la incertidumbre, los neorrealistas adoptan la máxima realista que los actores son por naturaleza desconfiados y hasta hostiles.

Otro aporte innovador del neorrealismo ha sido la redefinición de las relaciones causales. El realismo clásico explica la causalidad unidireccionalmente, es decir que son las interacciones de los individuos y de los estados los que provocan el fenómeno central de las RR.II: la lucha por el poder. Para los realistas, la lucha por el poder sucede simplemente porque los hombres desean ciertas cosas, y no porque sus motivos sean puramente perversos. Para los neorrealistas, sin embargo, al aplicar la idea que la política internacional no puede ser entendida sin tomar en cuenta los efectos de la estructura, refutan el enfoque individual del realismo clásico: que el apetito por el poder es causa suficiente para la guerra (Waltz, 1988: 616).

En relación al poder, los neorrealistas son extremadamente críticos con la idea de acumulación del poder por el poder. En una óptica sistémica, el poder debe servir únicamente para salvaguardar los intereses del estado equilibrando poder con poder. La concentración excesiva (desigual con respecto al resto del sistema) de poder es, a lo largo de la historia, una receta para la guerra. El éxito, como diría Waltz, lleva al fracaso, así le sucedió a la Francia Napoleónica y a la Alemania del siglo XX. Para los neorrealistas, en un mundo bipolar el equilibrio, no el desequilibrio, es la clave, y la disuasión el instrumento. El desarrollo del arma atómica cambió radicalmente la racionalidad de los estados y, argumenta Waltz (1988: 626), ha hecho del mundo un lugar mucho más seguro: *“In a conventional world, a country can sensibly attack if it believes that success is probable, in a nuclear world, a country cannot sensibly attack unless it believes that success is assured”*. La incertidumbre, no la certidumbre, es la clave para asegurar la disuasión. Sin embargo, aquí encontramos cierta contradicción en la

teoría neorrealista cuando argumenta que el desarrollo del arma atómica ha cambiado el comportamiento de los estados a nivel sistémico. Sería entonces un cambio al nivel individual, el hecho que los estados cuenten o no con armamento nuclear, el que ha provocado un cambio a nivel estructural: el fin de la guerra entre las grandes potencias.

¿Por qué el neorrealismo se impuso, a partir de los años 70, como la escuela dominante dentro del realismo? Principalmente porque el neorrealismo sería científicamente “más sólido” que el realismo clásico, a menudo considerado como difuso, intuitivo, contradictorio y metodológicamente débil. Tanto los behavioristas como los positivistas critican la falta de elementos falsificables y verificables del realismo clásico, así como la fundamentación de toda su teoría sobre leyes de la naturaleza humana que son inverificables desde el punto de vista científico (Smith, 1987: 105). El neorrealismo, en respuesta a esto, ha sido un intento de sistematizar la visión realista en una teoría más rigurosa de las relaciones internacionales.

Para Waltz, el neorrealismo representa un progreso científico sobre el realismo clásico porque es capaz de generar proposiciones y predicciones empíricamente verificables y, al focalizar el análisis sobre la estructura como eje central de la teoría, aportar un mayor rigor teórico y metodológico. Sin embargo, este nivel de abstracción teórica de todo lo que no sea la estructural del S.I, ha generado críticas a la posición neorrealista. Al eliminar de toda reflexión teórica los aspectos relacionados a la economía, a la política interna y hasta a la naturaleza humana, el neorrealismo se alejaría de una comprensión exhaustiva de los aspectos y actores que regulan una verdadera teoría de las RR.II (Forde, 1991: 142). Asimismo, la negación de los neorrealistas de toda dimensión ética de la política internacional, en clara fractura con la escuela clásica, ha sido igualmente criticada.

## VI) El Interés Nacional y las políticas de poder

La mayoría de los teóricos han recurrido al *interés nacional* como concepto ordenador y exegético del accionar de los estados en el concierto internacional. Alexander Wendt (1999: 242) reconoce que nadie puede negar que los estados actúan sobre la base de intereses nacionales, tal como ellos los perciben y los definen. Toda teoría de relaciones internacionales o de política exterior articula su entendimiento del relacionamiento de los estados en el S.I en referencia, precisa o difusa, al interés nacional.

El interés nacional, como concepto teórico, cumple dos funciones, una normativa y una descriptiva. El rol normativo intenta aportar, en última instancia, un estándar a partir del cual juzgar la conducta de los estados, basándose principalmente en consideraciones éticas. Este es precisamente uno de los principales puntos que los realistas, y en particular el principal teórico del interés nacional, H. Morgenthau, criticarán. La función descriptiva trata sobre el componente empírico (lo que los estados hacen) del interés nacional (Nincic, 1999: 30). En otras palabras, la concepción del interés nacional oscila entre lo que debería ser y lo que efectivamente es (o cuál es la política exterior implementada que defiende el interés nacional).

Si bien existe un consenso sobre la idea del interés nacional como motor de la acción del estado, esta unanimidad no se aplica a la definición sustantiva del término (función normativa) ni tampoco, en cierta medida, a su rol descriptivo. Esto tiene importantes consecuencias en la elaboración y conducción de la política exterior. Efectivamente, la política exterior, de ser racional, debe estar en sintonía con la idea que nos hacemos del interés nacional. En otras palabras, la política exterior debe apuntar siempre a defender el interés nacional. Sin embargo, este aspecto, o sea la visión descriptiva de lo que es el interés nacional (o de las políticas implementadas en su defensa) no siempre encuentra unanimidad, incluso dentro de una misma escuela teórica<sup>6</sup>. La noción o idea de interés

---

<sup>6</sup>En este sentido, es interesante estudiar el debate entre H. Morgenthau y Henry Kissinger en torno a la guerra de Vietnam y en qué medida la intervención americana se justificaba en defensa del interés nacional. Si Morgenthau, el principal teórico realista en materia de interés nacional criticaba la intervención, H. Kissinger, el principal policy maker realista, pensaba todo lo contrario. Ver Zimmer, L. (2011), *The Vietnam War debate: Hans J. Morgenthau and the attempt to halt the drift into disaster*, Lexington Books, UK.



nacional puede, y de hecho representa y vehicula distintos significados y justificaciones (morales, económicas, de seguridad, políticas, etc.) de la acción de los estados. El interés nacional recorre el mismo camino difuso que nociones tales como Nación y Comunidad. Al debate histórico de qué o quién representa la Nación (Greenfield, 1999: 48-49), el interés nacional obliga a una reflexión sobre los objetivos nacionales así como sobre el propósito y razón de ser del estado (el encargado de perseguir el interés nacional)<sup>7</sup>.

Los primeros en preocuparse por la noción de interés nacional fueron los teóricos realistas clásicos, como Tucídides, Hobbes o Rousseau. Más recientemente, una perspectiva liberal y más cercana aún en el tiempo, una visión constructivista, han atacado la concepción realista del interés nacional, quebrantando aún más la idea de una lectura unívoca y monolítica de este concepto (Battistela, 2002: 143). El tratamiento que los realistas le han dado al interés nacional, y en particular Morgenthau, ha sido fuertemente criticado por otras escuelas teóricas, particularmente los liberales y los constructivistas, pero igualmente los behavioristas. Estos últimos ven en la noción de interés nacional un concepto a nula operacionalización científica, incapaz de explicar el accionar y la continuidad de la política exterior de los estados. El interés nacional es, para los behavioristas, lo que la nación, y más precisamente el decisor en política exterior, decide que sea (Rosenau, 1968).

---

<sup>7</sup> No es posible en este punto no iniciar una reflexión sobre la naturaleza del estado y la importancia del régimen político a la hora de determinar y perseguir un determinado interés nacional. ¿En que medida podemos hablar de interés nacional cuando no estamos en presencia de un gobierno plenamente democrático? donde cada uno de los individuos sea responsable y solidario en la definición y búsqueda del interés nacional. En la concepción moderna que vincula las nociones de Estado y Nación en una única entidad política, geográfica e identitaria indisociable, resulta fácil comprender como los intereses del estado a menudo se confunden con el interés nacional. Acaso más evidente sea aún esta distinción cuando nos alejamos de una teoría del estado y reflexionamos en términos de régimen o gobierno. En un ejemplo caricatural, los intereses nacionales de Corea del Norte se asemejan fuertemente a los intereses personales de Kim Jong Un y de la cúpula gobernante. Por el contrario, los intereses nacionales de Suiza son el fruto de una negociación y reflexión centenaria. Cuando los Suizos discuten sobre si limitar o no el secreto bancario (aunque esto no sería un interés realista) o de reformar el sistema de milicia, no lo hacen en términos únicamente corporativos (bancos, altos dirigentes, etc.), sino en un marco realmente nacional, producto en gran parte del sistema de gobierno colegiado, logrando realmente un consenso ciudadano. Es mi apreciación que el estudio del interés nacional debe incorporar tres aspectos fundamentales: A) tipo de régimen; B) Procesos de negociación y formación de preferencias; C) *Accountability* de los gobernantes en la elección e implementación de la política exterior y de las políticas públicas.

El enfoque realista del interés nacional funcionaría más sobre la base de un axioma o suposición filosófica que a partir de un postulado científicamente verificable<sup>8</sup>. En efecto, el realismo clásico asume que el mundo es y actúa de una determinada manera, y el interés nacional no es más que el accionar racional del estado en un contexto que no domina completamente (el control que el estado tenga en la escena internacional dependerá en gran parte del poder almacenado). Hobbes es uno de los primeros en articular la noción de interés nacional indisociablemente ligado a una visión de la seguridad del estado. La paz de Westfalia en 1648 representa el triunfo de la visión Hobbesiana, con la consolidación del estado como la unidad territorial de referencia (paradigma de la soberanía) así como con la creciente rivalidad entre los estados poderosos (Badie, 2001: 254).

La concepción realista del interés nacional se desprende de dos de las premisas importante ya mencionadas del realismo: la naturaleza anárquica del sistema internacional y la relación conflictiva entre estados en el marco de dicho sistema. Por lo tanto, si el estado de anarquía conduce a la inseguridad general, el principal cometido del estado, entendido en términos de interés nacional, debe ser el de asegurar su seguridad.

¿Qué se entiende entonces por seguridad y cuáles son las cuestiones incompresibles que el estado no puede abandonar?. Los realistas definen estas cuestiones de manera relativamente genérica, pero es innegable la centralidad de las ideas de integridad territorial, independencia política e identidad cultural. ¿Cómo se alcanza, defiende o preserva el interés nacional? Principalmente a través del uso o la amenaza de la fuerza. Por lo tanto, para los realistas, el interés nacional se traduce casi exclusivamente en términos de poder (principalmente militar, aunque no exclusivamente), ya que la fuerza es, en un contexto de anarquía y de conflicto, la única manera de disuadir o alcanzar los interés de un estado. Hans Morgenthau (1961:5) así lo expone: *“the main signpost that helps political realism to find its way through the landscape of international politics is the concept of interest defined in terms of power”*.

---

<sup>8</sup> Es en parte por esto que los neorrealistas se han distanciado de la visión realista clásica que pone demasiada relevancia en la naturaleza humana.

Para los realistas, el interés nacional ha sido inmutable a lo largo de la historia y, producto de la naturaleza del sistema internacional (anarquía), de la naturaleza humana (para los realistas clásicos), y de la estructura (para los neorrealistas), destinado a permanecer así. Este es uno de los principales puntos de crítica de los liberales y en particular de los constructivistas, quienes avanzan que la difusión de valores, normas y códigos compartidos en el seno de la comunidad internacional han contribuido a modificar el comportamiento de los estados. En este punto, los realistas se encuentran en las antípodas del pensamiento liberal. El poder es, para los realistas, casi exclusivamente el único criterio que debe determinar la política exterior. Cualquier otro principio, en particular aquellos de orden moral, estarán subordinados a la búsqueda, preservación y fortalecimiento del poder (Tucker, 1952: 215). Para Morgenthau, la escena internacional se articula sobre la búsqueda de poder contra poder y no, como a menudo se ha instrumentalizado el conflicto, entre dos visiones del bien y el mal, de virtud o de vicio, de moralidad o inmoralidad.

La descripción de interés nacional y poder que hace Morgenthau ha conducido a dos interpretaciones distintas de la noción de poder (Williams, 2004: 639-640). La primera reduce el realismo a una suerte de materialismo, donde el poder y el interés es definido en términos principalmente militares (el propio Morgenthau criticará esta visión simplificadora). El segundo enfoque sería instrumentalista: si el poder es un medio necesario para alcanzar los intereses, entonces se transforma en un fin en sí.

La búsqueda de poder, para los realistas, es entonces a la vez un fin y un medio para dicho fin ¿Por qué? Porque el mundo es anárquico debido a que los hombres buscan el poder (naturaleza humana o, como diría Morgenthau, un impulso bio-social) y al mismo tiempo deben buscar el poder justamente para protegerse de ese impulso natural. Por lo tanto, la búsqueda de poder como medio para un fin depende de la naturaleza del sistema (anarquía) mientras que la búsqueda del poder como un fin en sí debe encontrarse en las necesidades manifiestas de los miembros del sistema (Nincic, 1999:33)<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Se ha argumentado que la naturaleza tautológica de esta definición (los estados buscan el poder porque están ontológicamente predeterminados a hacerlo), así como el supuesto inicial

El interés nacional, bajo la óptica realista, es entonces por naturaleza **egoísta y superior a los intereses privados sub-nacionales** (Battistela, 2002: 145). Es egoísta porque los estados se encuentran en un sistema de *self-help* y de suma cero, donde las ganancias de un estado representan la pérdida de otro. Asimismo, los realistas defienden la idea del interés Nacional y no, como lo hacen los liberales, la idea que los estados pueden compartir intereses comunes (vitales) en el seno de una comunidad internacional. El interés nacional entendido en términos de seguridad es la matriz irreductible sobre la cual se sustenta todo proyecto de construcción nacional o comunitaria y no puede ser, por definición, compartido en el seno de una comunidad inter-nacional, inter-comunitaria o inter-estatal. Ya lo decía Morgenthau cuando criticaba la visión moral y cooperativa propuesta por el idealismo de W. Wilson: *“It therefore follows that, despite the profound changes which have occurred in the world, it still remains true, as it has always been true, that a nation confronted with the hostile aspirations of other nations has one prime obligation – to take care of its own interests. The moral justification for this prime duty of all nations- for it is not only a moral right but also a moral obligation- arises from the fact that if this particular nation does not take care of its interests, nobody else will”* (Morgenthau, 1952: 4). El interés nacional es igualmente superior a los intereses individuales o privados, porque sólo en la salvaguardia de la seguridad del estado, los demás intereses pueden ser perseguidos. Por lo tanto, como decía Raymond Aron (1984: 101), el interés nacional es irreductible a los intereses privados.

Frente a la rigidez del concepto de interés nacional defendido por los realistas, los liberales han aportado una perspectiva diferente, planteando que el interés nacional es lo que una nación decide que sea. Este no se limita a cuestiones de seguridad, pero puede englobar igualmente intereses materiales o espirituales. El estado es, para los liberales, el encargado de llevar adelante los intereses individuales de la sociedad y no, como para los realistas, una entidad independiente con agenda propia. Para los liberales, el interés nacional está determinado por los valores internos de una sociedad, y no por las limitantes externas presentes en el sistema internacional (anarquía, estructura,

---

de que la búsqueda de poder es una necesidad primaria del ser humano, debilitan la posición realista y restan fuerza a sus postulados centrales.

relación de fuerzas, etc.). ¿Cómo se define entonces el interés nacional para los liberales? Principalmente a través de la negociación y la adopción de los intereses “mayoritarios”.

Los enfoques constructivistas, particularmente fecundos luego de la guerra fría, rechazan la idea de inmutabilidad presente en el realismo (critican la incapacidad de los realistas, clásicos o estructurales, para pensar el cambio). Si es cierto que los constructivistas comparten con los liberales la idea que el interés nacional no está predeterminado por condiciones “fijas”, ellos consideran, sin embargo, que los intereses se definen sobre la base de la identidad y las representaciones que los estados se hacen de ellos mismos, de los otros estados, del sistema internacional y del lugar que ocupan en él (y no, como en el liberalismo, a través de un proceso de negociación interna). Asimismo, el accionar de los estados, y sus intereses, se ven condicionados por el conjunto de normas y valores que, compartidas en un marco internacional, regulan y estructuran la vida política internacional. Para los constructivistas, todos los conceptos están sujetos a interpretaciones y sentidos cambiantes. Así, un concepto central como el de anarquía en el realismo puede ser comprendido bajo diferentes enfoques. Cuando los estados se consideran como enemigos en el plano internacional, podemos hablar de una anarquía hobbesiana. En el caso de estados que se consideran como rivales, se trataría de una anarquía lockiana. Por último, cuando los estados se ven como amigos, estaríamos en presencia de una anarquía kantiana. Sólo en el primer caso, central al realismo, el interés nacional puede ser definido en términos de seguridad y supervivencia<sup>10</sup>.

Como hemos visto, los autores neorrealistas focalizan su estudio en la interacción de los grandes poderes y en la polaridad del sistema internacional como factores explicativos de la ocurrencia de conflictos o guerras. Los neorrealistas, sin embargo, no parecen preocupados por las cuestiones relativas al cambio ni a la evolución del poder en el sistema internacional. Los realistas no se preguntan de dónde viene el poder, ni como los estados son capaces de emerger, consolidarse y descomponerse. Para ellos, tanto los

---

<sup>10</sup> Para una discusión más detallada de los enfoques constructivistas y liberales, ver Battistela (2002: 148-163).

actores como la estructura del sistema son variables consideradas como dadas o variables independientes. La única variable dependiente, o sea, el único proceso que los neorrealistas intentan explicar, es la guerra (Kratochwil, 1993). El foco del neorrealismo ha sido el de intentar explicar la fase de consolidación del poder en el sistema internacional en un reducido número de grandes potencias y como este sistema ha logrado evitar la unipolaridad (Cederman, 1994: 504).

Entre las principales críticas que pueden hacerse a la noción del interés nacional defendida por los realistas, es posible citar la obsesión realista con las **políticas de poder** y el recurso sistemático y axiomático a la idea de anarquía. El primer punto refiere a que muchos estados pequeños o medianos no determinan ni implementan su política exterior en términos de poder ni, generalmente, tienen preocupaciones relacionadas a la seguridad. Inclusive las grandes potencias por momentos se apartan igualmente de esta lógica (como en el caso estadounidense bajo las presidencias de W. Wilson y J. Carter). Igualmente, ciertos teóricos realistas a menudo obvian que el concepto de poder es relativo al tipo de asunto en cuestión. El poder militar, o el poder económico, sólo son útiles en determinadas circunstancias. Es indudable que el poderío económico de Japón hace de este país una potencia capaz de influenciar el comportamiento de otros estados y eso, a pesar de no contar con un poderío militar importante. Los defensores de las políticas de poder argumentarán que la posición privilegiada de Japón en el comercio mundial es únicamente posible gracias al respaldo militar que su alianza con los Estados Unidos le otorga. No sólo esta apreciación niega de manera burda la dimensión económica presente en el sistema internacional, sino que condicionaría todo desarrollo posible a la expansión del poderío económico o a la concertación de alianzas defensivas. ¿Cómo explicar entonces los niveles de desarrollo de países como Suiza o Luxemburgo?

En segundo lugar, el concepto de anarquía derivado del estado de naturaleza Hobbesiano y que ha estructurado y condicionado el pensamiento realista, no es un absoluto empíricamente comprobable. Diferentes mecanismos de cooperación, coordinación y reciprocidad son posibles en un universo donde priman los actores egotistas (Nincic, 1999: 34-36). La respuesta a estas críticas, principalmente por parte de los neorrealistas, ha sido de argumentar que, si bien todos los estados son iguales,

sólo cuentan en términos de poder y de estructura los grandes y poderosos. Para Waltz (1979:94), la estructura del sistema internacional (polaridad) y la naturaleza de éste (anarquía) dependen del número de grandes actores y la distribución de fuerzas entre estos. Si bien esta argumentación responde parcialmente a la segunda crítica, no así a la primera.

Podemos mencionar igualmente que en la actualidad el concepto de Estado-Nación como unidad central de análisis del sistema internacional ha sido parcialmente puesto en jaque por los postulados liberales o constructivistas. Si, efectivamente, el Estado Nación no es más la única unidad de referencia, de subordinación o de pertenencia del individuo moderno, el postulado realista del estado unitario se resquebraja. En este sentido, resulta difícil justificar la idea del interés nacional en términos de defensa de la independencia política o cultural, ya que estas nociones tendrían crecientemente menos importancia para los individuos<sup>11</sup>. Resulta imposible desprenderse de la idea que la concepción del mundo propuesta por los realistas es profundamente pesimista e impregnada de una desconfianza generalizada acerca la naturaleza humana (en el caso de los realistas clásicos) y que, gran parte de los supuestos realistas se sustentan en un *"worst case scenario"*. En palabras de Wittner (1985:285): *"Admittedly, people sometimes fail to live up to the level of cooperation and moral development encouraged by civilization, but most of the time, they do. Realism focuses upon the exception and turns it into the rule. Indeed, it transforms that exception into a normative principle of international behavior!"*. Los realistas responderán seguramente que el interés nacional último es el de defender la supervivencia e integridad física del estado y de sus ciudadanos y, ciertamente, en un mundo donde la amenaza del uso de las armas nucleares representa inequívocamente el fin absoluto, la posición realista no deja de presentar una argumentación válida<sup>12</sup>. El peor escenario posible, en un mundo nuclear, es efectivamente lo suficientemente aterrador para justificar el pesimismo realista.

Los realistas no dicen que la guerra sea inevitable, la mayoría de sus teóricos han intentando buscar las causas de la guerra, sin por lo tanto entrar en consideraciones

---

<sup>11</sup> El reordenamiento geopolítico de los años 90 y 2000 es acaso una demostración que, por más traumático que esto pueda resultar, hay "vida después del Estado".

<sup>12</sup> La ausencia de conflicto atómico en los últimos 60 años ahonda precisamente en el sentido del balance de poder defendido por los neorealistas.

morales sobre el bien fundado de la acción de los estados. Al explicar como el mundo es, y no cómo debería ser, los realistas se despojan de consideraciones filosóficas que apartan al estadista de su verdadero objetivo: preservar la seguridad del estado. Es en este sentido que uno de los primeros realistas, Maquiavelo, consideraba que existen dos éticas diferentes. La primera, relativa a la salvación individual, debía ser regulada por las consideraciones morales y religiosas; y la segunda, en claro contraste con la primera, es la ética de la responsabilidad que tienen los gobernantes, obligados a llevar adelante ciertas acciones consideradas como “inmorales” en defensa del interés nacional (Viotti y Kauppi, 1993: 38).

## VII) Críticas

Una de las principales críticas realizadas al realismo es su imposibilidad de explicar el cambio y, en particular, aportar inteligibilidad al mundo de la posguerra fría. Los cambios provocados por la globalización a partir de la década del 90 han, para muchos autores, resquebrajado profundamente los fundamentos axiomáticos del realismo. Badie (2001: 255-256) identifica tres aspectos fundamentales de este cambio de paradigma: **A) Acercamiento**: el nuevo orden mundial no es más territorial, sino que se basa en lo transnacional y en la interconexión entre individuos y flujos que no son controlados por el estado, provocando la eclosión de nuevas identidades y lealtades. **B) Emergencia de bienes públicos globales**. En un mundo globalizado, los bienes públicos dejan de ser puramente soberanos (nacionales). La búsqueda del bien social necesita de la mediación, movilización y cooperación internacionales que sobrepasan el control del estado (ej: medio ambiente, DD.HH, bienes socio-económicos, etc.). **C) nacimiento de nuevos actores** que reconfiguran la relación tradicional entre el ciudadano y el estado y, en cierta medida, atacan la legitimidad del contrato social y ponen en riesgo a la comunidad política en su conjunto.

Esta nueva realidad debilitaría la soberanía y la territorialidad tradicionalmente asociadas al Estado-Nación. La nueva concepción de la soberanía lidia con el mercado transnacional y los nuevos compromisos y lealtades generados por la etno-política. En un mundo globalizado, el poder ya no residiría exclusivamente en la soberanía de un



estado unitario, sino que éstos se ven de manera creciente obligados a conciliar o negociar sus estrategias con una multiplicidad de nuevos actores no estatales en una escena internacional pública que ya no puede ser monopolizada por el Estado-Nación. Según Badie, (2001: 258) este proceso sería similar al de la emergencia de la burguesía que demandaba participación política al interior de los Estados-Nación en los siglos XVIII y XIX, llevando al colapso de los regímenes absolutistas. Estos nuevos actores internacionales desafían el rol monopólico y absolutista del Estado-Nación y demandan derechos de participación y definición en la agenda internacional. Para esto, los realistas, clásicos y otros, tienen pocas respuestas. Esta crítica hace eco de lo que los adversarios del realismo han sostenido por décadas, a saber que la suposición (dogmática) realista del estado como actor unitario y racional ha desviado la atención del estudio, necesario, de las complejidades de la estructura del estado, del proceso de formación de preferencias así como de la acción de los actores no estatales (Williams, 2004: 636).

Otra crítica importante que han enfrentado todas las escuelas realistas es que a pesar de su resistencia como programa de investigación, en particular en la academia estadounidense, el realismo político ha sido históricamente poco propenso a la verificación científica. Vasquez demuestra que las hipótesis realistas han constantemente fallado la corroboración empírica, mientras que las hipótesis no-realistas, liberales u otras, han demostrado ser estadísticamente significativas (Vasquez, 1983: 202), lo que ha llevado al autor a proponer el abandono del paradigma realista como guía teórica y práctica.

La obsesión de la academia estadounidense con el enfoque realista ha sido bien documentada. Ya planteaba Kuhn (1970: 24) los problemas del “fanatismo científico” al advertir que cuando un paradigma se torna dominante, la academia se vuelve intolerante hacia las teorías alternativas y decide trabajar exclusivamente dentro del marco teórico dominante. El problema de esto, como bien marca Karl Popper, es que ese acto tiende a empobrecer a la academia y debilitar el pensamiento original e innovador (Walker y Morton, 2005: 342).

¿Cómo explicar entonces que a pesar de sus falencias el realismo político haya sido el paradigma dominante en el mundo académico y político? La respuesta realista es la siguiente: ningún paradigma rival ha logrado presentar, de manera integral, una visión alternativa, descriptiva y normativa de la acción de los estados y del funcionamiento de las RR.II. Una segunda respuesta es que el realismo, desde el inicio de la Guerra Fría, ha aportado un paradigma legitimador a la política exterior estadounidense. Al centrar el realismo el interés nacional en términos de seguridad y promover el gasto militar, alabar la *Realpolitik* y minimizar el componente legal o moral de las RR.II, ha encontrado en los decisores de política exterior (así como en el complejo industrial-militar) fervientes defensores de sus principios. No es de extrañar que los principales *policy-makers* de la Guerra Fría, como H. Kissinger o G. Kennan, hayan sido realistas convencidos (Wittner, 1985: 285).

Finalmente, el cambio en el paradigma dominante parece haber seguido, si bien de manera relativamente lenta, los cambios estructurales en el mundo en los últimos 40 años. Walker y Morton (2005: 352) analizaron la producción de artículos académicos entre 1970 y 2000 en los Estados Unidos, agrupando principalmente los estudios en tres grandes escuelas: realismo, liberalismo y otros. Entre 1970-74, los artículos realistas y relacionados al realismo representaban el 73% del universo estudiado (37 artículos) y los artículos sobre liberalismo y otros tan sólo el 28%. En 1989, 61% de los artículos aún estaban bajo el paradigma realista. En el año 2000, tan sólo el 34% de los artículos analizados (515 artículos) versaban sobre el realismo político, contra 65% para artículos liberales y otros (de los cuales 40% eran sólo sobre el liberalismo). Esto demostraría que, por lo menos a nivel de la academia estadounidense, el realismo ha dejado de ser la teoría dominante. A nivel de los decisores de política exterior, el realismo sigue relevante, en particular a partir del 11 de setiembre de 2001.

A todas estas críticas los realistas responderán invariablemente: los supuestos que han hecho del realismo político una filosofía política relevante, y dominante, desde hace más de dos mil años, permanecen incambiables hasta el día de hoy. El mundo sigue siendo un lugar anárquico, inseguro e imprevisible. Las guerras modernas entre pequeños estados o entre estados rebeldes y la superpotencia dominante no hacen más que confirmar la hipótesis neorrealista de que la disuasión atómica ha cambiado para siempre la guerra

dentro del S.I.. Las N.U no tienen más poder hoy en día del que tenían hace 50 años y es difícil imaginar un escenario futuro donde la Organización cumpla un rol eficaz como garante de la seguridad internacional, inclusive, o justamente a pesar de la reforma del Consejo de Seguridad. A pesar de la emergencia de nuevos actores, flujos transnacionales y problemas transfronterizos que demandan una respuesta concertada, los estados siguen siendo los actores principales de las RR.II.

Los realistas no niegan la importancia de los nuevos temas de la agenda transnacional pero, argumentan ellos, ninguno de estos asuntos ha cambiado drásticamente la razón de ser de los estados ni alterado su principal obligación: salvaguardar su seguridad. Ni siquiera el terrorismo en su versión más extrema representa una amenaza seria a la integridad de los estados, por más que así haya sido instrumentalizado por los decisores de política exterior, apelando o inspirándose erróneamente en una lectura realista para lidiar con este problema. *“The war on Terror”* no es, desde una perspectiva realista, una guerra: no es más que una respuesta desproporcionada de un estado poco racional que combate un enemigo no tradicional en términos realistas. La “seguridad nacional” es sin dudas la expresión más utilizada en la arena política estadounidense desde el 11 de setiembre en adelante, pero lo que los decisores de política exterior estadounidenses parecen no entender, es que si bien los Estados Unidos no pueden perder esa guerra, tampoco pueden ganarla. Ya lo decía Morgenthau cuando criticaba el involucramiento de EEUU en la guerra de Vietnam: *“Our very presence in Vietnam is in a sense dictated by considerations of public relations; we are afraid lest our prestige would suffer were we to retreat from an untenable position. One may ask whether we have gained prestige by being involved in a civil war on the mainland of Asia and by being unable to win it. Would we gain more by being unable to extricate ourselves from it, and by expanding it unilaterally into an international war? ...Does not a great power gain prestige by mustering the wisdom and courage necessary to liquidate a losing Enterprise? In other words, is it not the mark of greatness, in circumstances such as these, to be able to afford to be indifferent to one’s prestige?”*<sup>13</sup> Si Morgenthau no consideraba la Guerra de Vietnam digna del interés nacional, ¿cómo puede serlo en el siglo XXI la guerra contra Al-Qaeda?

---

<sup>13</sup> *New York Times Magazine*, 18 de abril de 1965

## VIII) Consideraciones finales

Afirmo plenamente en este epílogo que el realismo sigue siendo una doctrina relevante para explicar, si bien no todos, por los menos varios aspectos cruciales de las RR.II.. Me arriesgaría a afirmar igualmente que el realismo progresivamente retomará un lugar de privilegio entre las teorías dominantes.

El S.I internacional se encuentra actualmente en un período de transición entre lo que fue el fin de la Guerra Fría, el interludio del dominio unilateral estadounidense y la emergencia progresiva de China como principal potencia antagonista. La historia ha tenido múltiples escenarios de dominio unipolar o hegemónico, desde los siglos que duró el Imperio Romano, los años de la Francia Napoleónica, los meses de la Alemania Nazi hasta los 20 años del nuevo orden mundial capitalista y liberal. Pero, si hay algo que el realismo enseña y predice con infalibilidad matemática, es que el poder en el sistema internacional tiende siempre al equilibrio.

Es altamente improbable que la potencia China no expanda su área de influencia hasta chocar irremediabilmente con los intereses estadounidenses. En la aceptación mutua de la paridad de fuerzas y en el miedo recíproco entre ambas potencias, encontraremos seguramente las garantías de la seguridad colectiva, tal como predice el realismo, y no así otras teorías.

El pensamiento realista ha sido injustamente simplificado y encasillado en lo que parece ser una colección de máximas de galletas de la fortuna: de Clausewitz a Maquiavelo, pasando por Tucídides, Hobbes y Morgenthau, el realismo ha producido enunciados categóricos que parecen despojar al mundo de todo matiz. Si bien es cierto que esas afirmaciones banalizan una de las escuelas teóricas más fecundas, no es menos cierto que la incertidumbre del sistema internacional ha llevado a los teóricos realistas a considerar que la supervivencia del estado es algo demasiado importante para dejarlo en manos de los buenos sentimientos.

<b>El mundo según el :</b>		
	<b>Realismo</b>	<b>Neorrealismo</b>
<b>Postulados Centrales</b>	<i>Los Estados: Actores Principales de las RR.II. Unitarios y Racionales "Lust for Power" (Condición humana)</i>	<i>Estados Unitarios y Racionales (únicos actores), buscan la supervivencia como mínimo y la expansión como máximo. La anarquía es la norma que regula el S.I</i>
<b>Los Estados</b>	<i>Análisis de las Grandes Potencias</i>	<i>Todos los estados son iguales (igualmente afectados por la estructura del S.I), pero a efectos del equilibrio solo cuentan las superpotencias</i>
<b>La moral</b>	<i>Presente en el análisis (lust for power)</i>	<i>Ausente en el análisis (Estructura)</i>
<b>El interés nacional es</b>	<i>la supervivencia del estado pero también el orgullo nacional, el poder y la dominación.</i>	<i>La seguridad y la supervivencia del estado.</i>
<b>Nivel de análisis</b>	<i>Unit level and systemic level</i>	<i>Systemic level (structure)</i>
<b>El poder</b>	<i>Un medio y un fin en sí</i>	<i>Un medio para un fin.</i>
<b>El mundo seguro es:</b>	<i>multipolar</i>	<i>bipolar</i>
<b>¿Qué regula (o motiva) el comportamiento de los actores?</b>	<i>Lust for power/dominación de un hombre sobre otro</i>	<i>El miedo producto de la situación de anarquía</i>
<b>La anarquía es:</b>	<i>Una condición del sistema: una fuerza permisiva</i>	<i>Una fuerza causal que regula el comportamiento de los actores</i>
<b>Un estado puede atacar si considera que el éxito es:</b>	<i>Probable</i>	<i>Asegurado (mundo nuclear).</i>
<b>Ganancias</b>	<i>Absolutas</i>	<i>Relativas</i>
<b>Estrategia favorecida</b>	<i>Balancing</i>	<i>Bandwagoning (ofensivos) Balancing (defensivos)</i>
<b>Mundo multipolar vs. Mundo bipolar (según K. Waltz)</b>		
	<b>Multipolar</b>	<b>Bipolar</b>
	<i>Interdependencia de las partes</i>	<i>autodependencia de las partes (superpotencias)</i>
	<i>Dificultad a identificar el peligro (multiplicidad de actores)</i>	<i>El peligro es claramente identificable</i>
	<i>Confusión en las respuestas</i>	<i>Certeza de quien debe hacerse cargo de la respuesta (y contra quien)</i>
<b>Amenaza a la seguridad</b>	<i>La amenaza a la seguridad proviene del error de cálculo</i>	<i>La amenaza a la seguridad proviene de una reacción excesiva</i>

## Bibliografía

- ARON, R., 1984, *Paix et guerre entre les nations* (8ed.), Calmann-Lévy, Paris.
- ASHLEY, R., «The Poverty of Neorealism» in *International Organization*, Vol. 38, N°2 (Spring, 1984), pp. 225-286.
- BADIE, B., «Realism under Praise, or a Requiem? The paradigmatic Debate in International Relations» in *International Science Review*, Vol. 22, N°3, Transformation of International Relations: Between Change and Continuity, (Jul., 2001), pp. 253-260.
- BATTISTELLA, D., «L'Intérêt national. Une notion, trois discours» in CHATILLON, F., (dir.) 2002, *Politiques étrangère. Nouveaux regards*, Presses de Sciences Po, pp. 139-166.
- CEDERMAN, L. E., «Analyzing State-Formation and power Politics» in *International Studies Quarterly*, Vol. 38, N°4 (Dec., 1994), pp. 501-533.
- CHERNOFF, F., «Scientific Realism as a Meta-Theory of International Politics» in *International Studies Quarterly*, Vol. 46, N°2 (Jun., 2002), pp. 189-207.
- FORDE, S., «International Realism and the Science of Politics: Thucydides, Machiavelli, and Neorealism» in *International Studies Quarterly*, Vol. 39, N°2 (Jun., 1995), pp. 141-160.
- FOUZOUNI, B., «Confutation of Political Realism» in *International Studies Quarterly*, Vol. 39. (1995), pp. 479-510.
- GLASER, C., «The Security Dilemma Revisited» in *World Politics*, Vol. 50, N°1, Fiftieth Anniversary Special Issue (Oct., 1997), pp. 171-201.
- GLYNN, P., 1999, *Closing Pandoras Box: Arms Races, Arms Control and the History of the Cold War*, Basic Books, New York.
- GREENFIELD, L., «Is Nation Unavoidable? Is Nation Unavoidable Today» in KRIESI, H. Et al. (eds.), 1999, *Nation and Nationality Identity, The European Experience in Perspective*, Verlag Rüegger, Chur, pp. 37-54.
- HOLSTI, K., 1984, *The Dividing Discipline: hegemony and diversity in International theory*, Allen and Unwin, Boston.
- JAMES, P., «Neorealism as a Research Enterprise: Toward Elaborated Structural Realism» in *International Political Science Review*, Vol. 14, N°2 (Apr., 1993), pp. 123-148.
- JERVIS, R., «Realism in the Study of World Politics» in *International Organization*, Vol. 52, N°4, International Organization at Fifty: Exploration and Contestation in the Study of World Politics (Autumn, 1998), pp. 971-991.

- KENNAN, G., 1967, *Memoirs 1925-1950*, Little, Brown and Company, Boston.
- KRATOCHWIL, F., «The embarrassment of Change: Neorealism as the Science of Realpolitik without Politics» in *Review of International Studies*, Vol. 19 (1993), pp. 63-80.
- KUHN, T., 1970, *The Structure of Scientific Revolutions (2ed.)*, University of Chicago Press, Chicago.
- LAKATOS, I., 1980, *The Methodology of Scientific Research Programmes: Vol 1 Philosophical Papers*, Cambridge University Press, Cambridge.
- LEGRO, J. y A. MORAVCSIK, «Is Anybody Still a Realist» in *International Security*, Vol. 24, N°2 (Fall 1999), pp. 5-55.
- LYNN-JONES, S., «Offense-Defense Theory and its Critics» in *Security Studies*, N°4 (summer 1995), pp. 660-691.
- MEARSHEIMER, J., «The False Promise of International Institutions» in *International Security*, Vol. 19 (Winter, 1994).
- MEARSHEIMER, J., 2001, *The Tragedy of Great Power Politics*, W.W Norton, New York.
- MONTGOMERY, E., «Breaking out of the Security Dilemma: Realism, Reassurance, and the Problem of Uncertainty» in *International Security*, Vol. 31, N°2 (Fall, 2006), pp. 151-185.
- MORGENTHAU, H., «The Mainsprings of American Foreign Policy: The National Interest vs. Moral Abstractions» in *The American Political Science Review*, Vol. 44, N°4 (Dec., 1950), pp. 833-854.
- MORGENTHAU, H., «What is the National Interest of the Unites States?» in *Annals of the American Academy of Political Science*, Vol. 282, The National Interest-Alone or with Others? (Jul., 1952), pp-17.
- MORGENTHAU, H., 1961, *Politics among Nations*, Knopf, New York.
- NINCIC, M., «The National Interest and Its Interpretation» in *The Review of Politics*, Vol. 61, N°1 (Winter, 1999), pp. 29-55.
- ROSE, G., «Neoclassical Realism and The theories of Foreign Policy» in *World Politics*, Vol. 51, N°1 (Oct, 1998), pp. 144-172.
- ROSENAU, J., «National Interest» in D.L Sillis (ed.), 1968, *International Encyclopedia of the Social Sciences*, Vol. XI, Free Press, New York.
- SCHWELLER, R., «New Realist Research on alliances: Refining, Not Refuting Waltz's Balancing Proposition» in *The American Political Science Review*, Vol. 91, N°4 (dec., 1997), pp.927-930.
- SHIMKO, K., «Realism, Neorealism, and American Liberalism» in *The Review of Politics*, Vol. 54, N°2 (Spring, 1992), pp. 281-301.

- SWEENEY, K. y FRITZ, P., «Jumping on the Bandwagon: An interest-Based Explanation for Great Power Alliances» in *The Journal of Politics*, Vol. 66, N°2 (May, 2004), pp. 428-449.
- TUCKER, R., «Professor Morgenthau's Theory of political Realism: In Defense of the National Interest: A Critical Study of American Foreign Policy by Hans J. Morgenthau» in *Political Science Review*, Vol.46, N°1 (Mar., 1952), pp. 214-224.
- VASQUEZ, J., 1983, *The Power of politics: a critic*, Rutgers University Press, New Brunswick NJ.
- VIOTTI, P., y M. KAUPPI, 1993, *International Relations Theory: Realism, Pluralism, Globalism (2nd ed.)*, Macmillan, New York.
- WAGNER, R., «The theory of Games and the Problem of International Cooperation» in *The American Political Science Review*, Vol. 77, N°2 (Jun, 1983), pp. 330-346.
- WALKER, T. y J. MORTON, «Re-Assessing the "Power of Power Politics" thesis: Is Realism Still Dominant?» in *International Studies Review*, vol. 7, N°2 (Jun., 2005), pp. 341-356.
- WALTZ, K., 1959, *Man, the State, and War*, Columbia University Press, New York.
- WALTZ, K., 1979, *Theory of International Politics*, Addison-Wesley, Reading.
- WALTZ, K., «The Origins of War in Neorealist Theory» in *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 18, N°4, The Origin and Preventions of Major Wars (Spring, 1988), pp. 615-628.
- WALTZ, K., «Structural Realism after the Cold War» in *International Security*, Vol. 25, N°1 (Summer 2000), pp. 5-41.
- WENDT, A., «Anarchy is What States make of It. The Social Construction of Power Politics» in *International Organization*, Vol. 46 (spring 1992).
- WENDT, A., «Constructing International Politics» in *International Security*, Vol. 20 (Summer 1995).
- WILLIAMS, M., «Why Ideas Matter in International Relations: Hans Morgenthau, Classical Realism, and the Moral Construction of Power Politics» in *International Organization*, Vol. 58, N°4 (Autumn, 2004), pp. 633-665.
- WITTNER, L., «Pursuing "The National Interest": The Illusion of Realism» in *American History*, Vol. 13, N°2 (Jun, 1985), pp. 282-287.
- ZIMMER, L. 2011, *The Vietnam War debate: Hans J. Morgenthau and the attempt to halt the drift into disaster*, Lexington Books, UK.